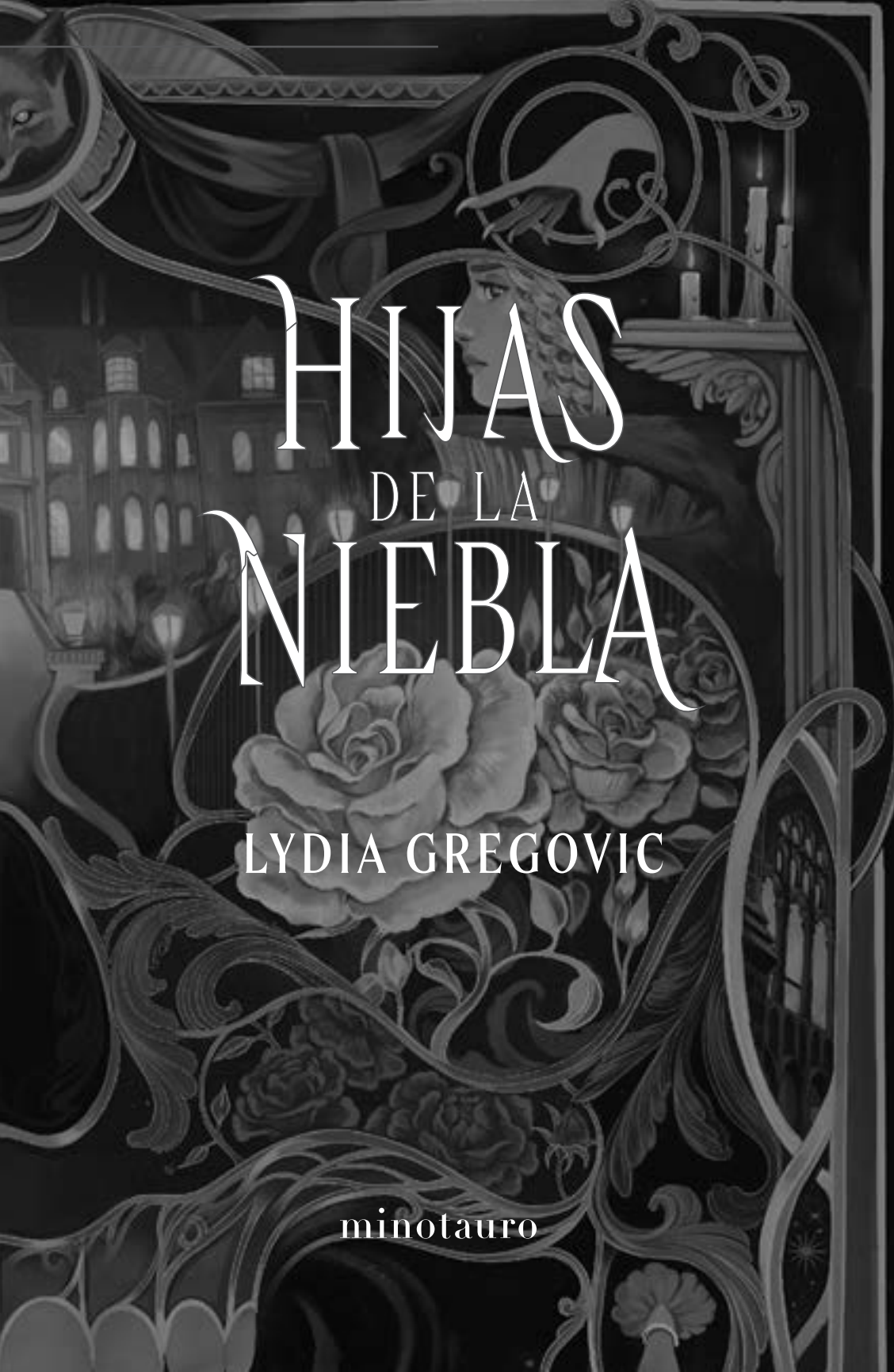




HIJAS DE LA NIEBLA

LYDIA GREGOVIC

minotauro



HIJAS DE LA NIEBLA

LYDIA GREGOVIC

minotauro

Hijas de la niebla

The monstrous kind © 2024, Lydia Gregovic

Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB
Agencia Literaria

Traducción: ©Isabel Murillo, 2025

Ilustración de cubierta y mapa: ©Christin Engelberth

Diseño de cubierta: Liz Dresner

Adaptación de cubierta: Book&Look

Revisión: Agencia Yerro

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1869-9

Depósito legal: B. 13.897-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Al final, es la muerte la que me reclama de vuelta a casa. Descanso la frente contra el frío cristal de la ventanilla del carruaje e intento perderme en esa sensación de tarde gélida que desprende sobre mi piel, en una suavidad similar a la de la impoluta capa de hielo que cubre un estanque. Cuando hui de Norland House en mayo, la primavera estaba en pleno apogeo; ahora, el inicio del otoño ha perfumado el ambiente con un aroma a podredumbre. Debajo de las ruedas de mi vehículo, los gusanos se deslizan por la tierra oscurecida por el verano y esperan que, igual que muda una serpiente, la naturaleza se deshaga de la piel de la estación pasada para poder darse un banquete.

La ruta por la que viajo debería resultarme familiar. Al fin y al cabo, es el mismo camino que seguí cuando me marché de casa, aunque en sentido contrario, hacia nuestra provincia y no alejándome de ella. Pero cuando observo por la ventana la extensión de paisaje escabroso, el escenario me parece tremendamente ajeno, como si cualquier recuerdo hubiera sido expulsado de mi mente meses atrás, como un guante que se me hubiera quedado pequeño.

¿Para qué habría necesitado recordarlo? Hasta hacía una semana, creía que jamás iba a volver.

«Merrick, papá se ha ido. Si no tienes obligaciones sociales más apremiantes, te insto a que regreses a Sussex de inmediato.»

Las palabras de mi hermana se me habían quedado marcadas a fuego en el interior de los párpados y me abrasaban cada vez que pestañeaba.

Incluso antes de leer la carta con el sello de los Darling —el sello de mi casa—, sospeché que algo iba mal cuando el mayordomo de los Eaves me la entregó hace tan solo dos mañanas, a

la hora del desayuno. No había tenido noticias de mi hermana desde mi apresurada partida de Norland House, hace justo cuatro meses. En poco más de quince días, mi marcha había sido el segundo golpe que recibía nuestro orgulloso árbol genealógico; tres semanas antes de aquello, el carruaje de la estimada lady Artemis Darling había sido encontrado volcado en los lindes de las Tierras Grises y lo que quedaba de ella, que localizaron unos metros más allá, parecía arrojado como una servilleta que cae de la mesa. La tragedia, aunque no podría calificarse exactamente de inesperada, había consumido a toda velocidad nuestra provincia. Porque incluso en un lugar tan bien protegido como Sussex, todo el mundo conocía los riesgos de viajar tan cerca de la frontera. Todo el mundo sabía qué habitaba al otro lado de las intensas luces, escondido entre la niebla; todo el mundo había visto los huesos de las víctimas que aquello dejaba a su paso, fragmentos de marfil totalmente limpios, puros y blancos como corderos en el altar del sacrificio.

El sentimiento de culpa cuando pienso en mi familia me produce una fuerte presión en el pecho, es como un puñetazo en el esternón. Después de la muerte de mi madre, tendría que haberme quedado al lado de mi padre y mi hermana. Tendría que haber guardado luto por ella. Pero solo había permanecido un mes a su lado, después del cual había huido lo más lejos y lo más rápido posible, como el conejo que sale corriendo de la madriguera.

«No me dejes aquí sola.» La voz de mi hermana es un murmullo en mi cabeza, una súplica que he arrastrado detrás de mí como un tren de carga cada kilómetro que he viajado, que ha serpenteado entre los asistentes de todas las lujosas fiestas a las que he asistido en Nueva Londres. Essie y yo ya nos habíamos distanciado incluso antes de la muerte de mamá —con la edad, se había hecho más y más difícil negar que, más allá de nuestros lazos de sangre, éramos nuestra mutua competencia— pero, aun así, la distancia entre nosotras no había disminuido la punzada de dolor que había sentido al negarme a acceder a su petición. Aquel día me había pedido ayuda y yo la había abandonado sin ni siquiera volver la vista atrás después de que las criadas terminaran de sacar todo mi equipaje por la puerta.

La verdad era que me había marchado porque no soportaba estar en la misma provincia que ella y mucho menos en la misma casa. No después de que el recuerdo de lo que me había contado mi padre se cerniera constantemente como un cuchillo sobre mi cuello y me dificultara incluso respirar.

Siento un escalofrío cuando, desde su puesto en el banco del carruaje, el cochero guía los caballos para que doblen una curva y, de repente, aparece ante mí el perfil de la costa de Sussex. Bañados por el feroz resplandor mandarina del atardecer, los escarpados acantilados muestran sus colmillos de piedra caliza a un cielo que empieza a oscurecerse, mientras a sus pies se escucha el choque acallado de las olas contra la estrecha franja de guijarros, un sonido que me recuerda al de los perros cuando suplican los restos de la comida. Una línea de farolas de hierro se extiende por el borde del acantilado hasta perderse de vista, fuegos que arden constantemente en las linternas que cuelgan de todos sus brazos y que iluminan la noche que se aproxima.

Y más allá, la niebla.

Hace mucho que se tragó la playa entera, enroscándose cual hiedra por las paredes de los acantilados antes de alcanzar su cima como la espuma del mar. Bancos de niebla del color de la cera de las velas nublan mi visión; se ondulan delicadamente, como un nido de anguilas, para quedar convenientemente lejos del alcance del fuego. Allí donde el débil sol del atardecer la impacta, la niebla reluce con un brillo metálico, como monedas cuando capturan la luz.

«Las Tierras Grises.» Así es como las llamamos: las extensas franjas inhabitables y asfixiadas por la niebla de nuestro país, El Humo, contenidos tan solo por legiones de lámparas de frontera como las que tengo delante de mí. Mis antepasados erigieron la primera de estas barreras hace casi dos siglos y, en los años transcurridos desde entonces, se han convertido en nuestra principal línea de defensa para la lucha contra la niebla que, de no ser por ellas, se filtraría en nuestra tierra como el pus que brota de una herida.

Lo cual traería consigo a sus monstruos.

La inquietud se cierne sobre mí como una capa de rocío. Cuando era pequeña, las Tierras Grises solo rozaban la base de

los acantilados. Pero ahora, a pesar de todos los esfuerzos de mi familia, la niebla acecha a solo un par de metros de la carretera y la atisbo por el rabillo del ojo como si fuese un invitado no deseado. Unos cuantos años más, y unas cuantas brechas más, y nos veremos obligados a redefinir esta ruta por completo.

Me obligo a alejar los pensamientos de este tema. Los nacidos en los siglos posteriores a la llegada de la niebla nos hemos acostumbrado a vivir como veraneantes en marea baja. Comemos y bebemos, incluso reímos de vez en cuando, pero sabemos que, por muchas defensas que levantemos, llegará el día en que el agua entrará y nos barrerá por completo.

«Igual que se llevó a mis padres», pienso. Por desgracia, el obituario que publicaron los periódicos con motivo de la defunción de mi padre era tan parco en detalles como la carta de mi hermana. Pero, como Señor de las tierras de Sussex, Silas Darling tenía más contacto con las Tierras Grises que la mayoría de los habitantes de nuestro país. Era algo que formaba parte de nuestro sagrado acuerdo, tal y como siempre me explicó mi padre, el acuerdo establecido cientos de años atrás entre mis antepasados, los señores originales de las doce casas, y aquellos a los que gobernaban. Los de linaje noble, como mi familia, utilizamos la inmunidad que nos ha sido concedida contra el contacto cambiante de la niebla para proteger a nuestras respectivas provincias: reparar las lámparas de frontera que se estropean, supervisar patrullas y, en caso de necesidad, matar a las bestias que se filtran a través de las brechas de nuestra armadura. A cambio, una parte de los ingresos de cada provincia se reserva para las arcas de la casa gobernante. Se trata de un sistema que se ha ido perfeccionando a lo largo de generaciones, un derecho de nacimiento que se transmite entre el linaje como una antorcha encendida, indefectiblemente, sin titubeos.

Recuerdo la primera vez que seguí a mi padre para adentrarme en la niebla. Tenía trece años y apenas si había tenido mi primera regla cuando pasó: un Fantasma, detectado en la cresta sur de los acantilados de Sussex, que al parecer había burlado nuestras patrullas. Mi padre y yo le seguimos juntos la pista, recorriendo la línea de la costa antes de sumergirnos en las Tierras Grises tras

él para tratar de dar caza a la criatura que intentaba escapar a la lechosa oscuridad de su hogar. Es como si aún estuviera viendo la escena, el modo en que la niebla se separaba en penachos, como enormes alas emplumadas, alrededor de la espalda de mi padre, que cabalgaba como si fuese un guerrero divino enviado desde el cielo, intocable para el resto de los simples mortales.

Pero ahora, cuando observo la niebla, no puedo evitar preguntarme si se ha acercado un poco más durante el tiempo en que he estado ausente, si una de las criaturas que cazaba mi padre fue lo que acabó con él.

Me recuesto en el asiento y palpo el interior de mi bolso en busca de algo con lo que distraerme, y me veo recompensada cuando mis dedos acarician la superficie basta de un periódico doblado. Con cuidado, lo saco del bolso y me lo aliso sobre el regazo. Los Eaves, amigos de la familia desde hace mucho tiempo además de pilares de la escena social de Nueva Londres, son suscriptores acérrimos de *El Faro de Nueva Londres*, el periódico sensacionalista más destacado de nuestra capital y de lectura obligatoria para cualquier joven dama que pretenda navegar por las traicioneras aguas de la temporada. Conseguí hacerme con el último número justo antes de partir, con la intención de guardármelo para cuando necesitara un toque de drama con el que interrumpir la monotonía del viaje.

Observo de nuevo los bancos de niebla al otro lado de la ventanilla, los kilómetros de campiña vacía que se extienden delante de mí como un lienzo inacabado. Ahora, pienso, es el momento adecuado.

El Faro es fácil de leer por encima. Repaso rápidamente los primeros dos párrafos antes de que la mención de mi nombre me llame de repente la atención y me obligue a encorvarme de forma decididamente poco elegante para leer mejor las palabras escritas en tinta:

«Los lectores estarán encantados de saber que la joya de esta temporada, la seductora archidoncella Merrick Darling, continuó su brillante reinado en el baile ofrecido por lady Fairfax el pasado viernes. A pesar de que el

carné de baile de la archidoncella estaba completo con admiradores dispuestos a conquistar su corazón, nuestro ojo observador se percató de que únicamente concedió dos bailes a un caballero: sir Fitzgerald Vannett, de la Casa Vannett. ¿Sería posible que la paloma máspreciada de Nueva Londres hubiera encontrado por fin un nido en el que aposentarse? Fuentes bien informadas nos comentan que no se ha realizado aún ningún tipo de proposición, pero si algo hemos aprendido con la observación de la cacería del año pasado, es que un venadopreciado atrae siempre cazadores.»

Me inunda una sensación de alivio y cierro los ojos. De modo que estaban observándome, tal y como esperaba que hicieran. Bien. Fitz resultó ser un acompañante agradable durante el baile de lady Fairfax, aunque no lo bastante como para justificar las horas extenuantes delante del tocador que me había visto obligada a soportar antes de bailar con él. Pero lo más importante era que, como miembro de una de las doce familias gobernantes en El Humo —aun siendo el hijo de un Rouge de bajo rango y no de un poderoso duque Rojo o de un marqués de la Sangre—, su atención debería despertar el interés de otros pretendientes.

Interés que necesitaré cuando regrese a Nueva Londres después del funeral de mi padre. Y desesperadamente, a ser sincera. Tal y como los últimos meses me han enseñado, lo único que los de linaje noble aman más que una mujer adorada por la alta sociedad es una chica despreciada. Por mucho que *El Faro* me ría las gracias en este momento, mi resplandor se vería empañado rápidamente si se conociera la verdad.

La razón por la que, a diferencia de mis antepasados, la única caza en la que actualmente estoy consagrada es la caza de un marido.

El relincho agudo del caballo es una espada que me atraviesa los pensamientos. Abro los ojos de golpe cuando el carruaje se sacude, su esqueleto de madera cruje y mis dientes chocan entre ellos por el impacto. Me sujeto al banco acolchado con ambas

manos para estabilizarme y vuelvo la cabeza hacia la ventanilla como un pajarillo asustado.

Contengo la respiración. A menos de diez metros del carruaje, una niebla opaca cubre por completo el camino, una auténtica masa que brilla con un aura plateada espectral que resplandece más cuanto más la miro. Directamente en medio del camino que debemos seguir.

Presa del pánico, dirijo la vista hacia la línea de farolas buscando protección en forma de algún destello de luz naranja. Una sensación gélida se me expande en el pecho cuando vislumbro un vacío en la fila de lámparas, un punto oscuro como un absceso: una de las linternas está apagada y crea un pasillo por donde se está filtrando la niebla. Zarcillos lechosos se enroscan cariñosamente por el poste de hierro, acariciando el metal. Estrujándolo con fuerza.

Una brecha. En Sussex. No puedo respirar. Si bien está lejos de ser imposible, desde que nací, el apagón de una farola fronteriza ha sido un suceso tan excepcional como para que una persona pueda olvidar el último antes de que se produzca el siguiente. En otras provincias, gobernadas por casas más débiles, las brechas son una preocupación diaria, pero aquí no. Al menos, bajo el gobierno de mi padre. El fuego debería estar conteniendo las Tierras Grises.

El mundo se paraliza durante unos instantes febriles, el tiempo se contiene como si también dudara entre seguir o no seguir avanzando. Pero, entonces, el chasquido del látigo del conductor me libera y regreso a mi cuerpo, precipitándome hacia la niebla.

Me tambaleo hacia delante y choco con tanta fuerza contra la división de cristal que separa el compartimento de pasajeros del asiento del conductor que casi espero que se haga añicos.

—¿Está loco? —Las palabras salen de mí enronquecidas por el terror. En su banco, el conductor se está peleando con las riendas, tirando de ellas hacia la izquierda, hacia la derecha, sin resultado. El caballo carga hacia delante. Subo la voz—. ¡Detenga el caballo, antes de que...!

Nos engulle una pared blanca.

Observo en pasmado silencio cómo, delante de mí, la niebla envuelve con sus fauces al conductor y lo sumerge en sus profundidades. La sangre ruge en mis oídos. Noto piernas y brazos

anegados, pesados e hinchados; miro, sin poder moverme, como si estuviera en el fondo de un lago, cómo penachos algodanosos de niebla se entrelazan delante de las ventanillas del carruaje hasta cegarme por completo.

En el exterior no se oye nada, todo está amortiguado como si hubiera quedado envuelto en una manta, y noto que el carruaje cruje hasta detenerse.

La bilis me asciende por la garganta. *El conductor*. ¿Dónde está? Fuerzo la vista para intentar ver algo más que la cortina marfil que cubre mi entorno. Independientemente de que sea de linaje noble o no, todos los niños de El Humo aprenden, incluso antes de caminar, qué es lo que tienen que hacer en caso de que se produzca una brecha. En primer lugar, hay que taparse la nariz y la boca. Para todo el mundo, excepto para los de linaje noble, respirar en la niebla significa una muerte más segura que la que pueda producir el impacto de una bala.

Y la segunda regla, casi tan esencial como la primera, es mantenerse en movimiento. Porque es cuando te paras —durante esa minúscula pausa que se produce entre respiración y respiración, cuando piensas que por fin has dejado atrás el peligro— cuando pueden encontrarte.

Aún estoy forzando la vista cuando lo oigo: un sonido húmedo y orgánico, como un compañero de cena maleducado rebanando una pierna de cordero. Una masticación; el pulposo rechinar de los dientes contra la carne.

Mis náuseas se arremolinan y se solidifican en forma de miedo plumizo y caliente. Por muchas veces que me haya adentrado en las Tierras Grises con mi padre y sus hombres, es un terror que nunca deja de sorprenderme. Un pánico similar al de una pesadilla, un veloz descenso a esos reinos de realidad corrupta donde los monstruos son reales, donde pueden salir de las páginas de un libro de cuentos y sentarse en la mesa del desayuno.

Y devorarte.

Un Fantasma. Está aquí.

Como queriendo dar respuesta a mis dudas, un crujido repugnante resuena entre la niebla, más allá del carruaje: el seco chasquido de un hueso al partirse. Un surtidor carmesí mancha

la ventanilla de mi derecha, gotas de sangre que salpican el cristal como una lluvia repentina. Mi instinto entra por fin en acción y me llevo la mano al tobillo para levantar la falda y retirar el cuchillo que llevo atado a la pantorrilla. Habría preferido el peso tan familiar de mi matafantasma, pero me había visto obligada a prescindir de mi pistola favorita al llegar a Nueva Londres. Los Eaves consideraban que las armas eran accesorios indecorosos para la gente de la alta sociedad y nada adecuadas para los salones de té.

Por suerte para mí, el señor Eaves es un caballero y nunca se tomó la molestia de registrarme a mi llegada porque, de haberlo hecho, mi actual situación habría sido mucho peor si cabe.

La masticación se detiene.

El poco aire que me quedaba en los pulmones se evapora por completo cuando una sombra me cae sobre el regazo, al principio rozando apenas el borde de mi falda y luego, cuando su propietario se acerca con determinación, extendiéndose sobre ella. Mantengo la mirada clavada en la ondulante mancha de color carbón, aferrando con fuerza la empuñadura del cuchillo y con la voz de mi padre resonándome en la cabeza.

«Sé la primera en atacar y ataca con fuerza. Enfócate en sus puntos más débiles: la base de la columna, la entrepierna, las rodillas. Recuerda que las criaturas fueron hombres en su día. Mueren igual que puede morir un hombre.»

Tac, tac. Como la llamada de un invitado tímido, oigo unos golpes tentativos en el cristal. Vuelvo a oírlos un segundo después: tac, tac, tac.

Rezo una oración rápida y silenciosa a los Tres Divinos: el Rey Ardiente, el Guardián de la Luz y el Sangrador, el triunvirato de dioses que velan por El Humo y que, según la leyenda, fueron los que bendijeron con la inmunidad a los primeros señores de las casas. Levanto la vista.

Por un instante casi pienso que la criatura que veo al otro lado del cristal es humana. Y lo fue, antes de que la niebla se le filtrase en las venas e hiciera que lo que corre por ellas fuera de color marfil en vez de rojo, antes de que la niebla se le introdujera en la mente y la devorara hasta no dejar nada. Ahora, los ojos del

Fantasma son de color blanco puro, bulbosos como huevos de araña plantados en una cara huesuda. La escasa piel que todavía le cuelga del cráneo está marchita y dura; es como si su cabeza fuera una manzana seca a medio pelar. Tiras fibrosas de tendones y músculos le mantienen unidos los huesos y, en la boca, dientes astillados y amarillentos que asoman en encías ennegrecidas crujen y chirrían al chocar entre sí, entonando una canción depravada.

Al ver aquello, algo en mi interior se cierra de golpe y aísla mis partes blandas hasta dejarme transformada en un cascarón duro, decidido y preparado para luchar. «Esto.» Por mucho que me haya negado a reconocerlo, esto es lo que he echado de menos los últimos meses, mientras estaba ocupada dejando que los Eaves me pulieran hasta convertirme en la joya más valiosa de la temporada, bonita, resplandeciente y frívola. Este desafío, esta frontera efímera entre la vida y la muerte, cuando la supervivencia no es más que un juego, una apuesta que haces contigo misma.

Esto es para lo que me he entrenado. No para ser la chica que mi padre me obligó a ser cuando...

El Fantasma se arroja con violencia contra la puerta del carruaje —cerrada, aunque no durará mucho tiempo así— y sus manos de uñas quebradizas rascan los laterales del vehículo. Sin posibilidad de ir a ninguna parte, levanto un poco el cuchillo, me armo de valor y espero.

El cristal de la ventana se hace añicos bajo las garras del Fantasma. Salto, dispuesta a enfrentarme a él, y esbozo una mueca de dolor cuando una astilla de cristal que ha salido volando me roza la mejilla. Justo antes de que el cuchillo conecte con el pecho del Fantasma, atraviesa la niebla un estallido de sonido similar a un trueno y caigo hacia atrás. La garganta del Fantasma emite un aullido de agonía, un chillido terrible que zumba como un enjambre de abejas, inhumano, sobrenatural. Estupefacta, no puedo hacer otra cosa que ver cómo la criatura se desploma y choca con el marco de la ventanilla antes de perderse de vista en el suelo.

A mi alrededor, la niebla late sin hacer ruido y el eco de un disparo tiembla en el aire como el murmullo persistente de un violín.

Me llevo la mano al pecho, que me arde dolorosamente, como si hubiese estado esperando dejar de funcionar y no supiese ahora cómo volver a arrancar.

«Estás bien, Merrick. Estás viva, estás...»

Astillándose, la puerta del carruaje se abre de repente. Apenas me da tiempo a ver la cara medio oculta por un pañuelo anudado del hombre que emerge de la niebla como un fantasma. Una mano me envuelve la cabeza y acerca a mi nariz y mi boca un trapo de algodón. El hombre me levanta del asiento, me coge en brazos, me saca...